

## EL CURANDERO

A la mujer le indicó que se recostara sobre la camilla, boca abajo, sin la blusa. A María, la hija obediente que se abalanzaba atropelladamente en su ayuda ante la menor intención de moverse, que le sujetase la mano, para tranquilizarla más que nada. Bajó unos centímetros la falda de la paciente para tener espacio en la zona lumbar, donde se concentraba el pellizco de dolor. Mecánicamente observó la zona de tratamiento, endeble y vieja, el Talón de Aquiles, pensó, de lo que podría ser un espléndido y sano animal adulto. Después, con parsimonia, se miró las manos, suaves y sonrosadas pero poderosas y ajenas, y una vez más sintió como si tuviesen vida propia y fuesen a tomar la decisión al libre albedrío. Aquella idea de la independencia de sus manos respecto del resto de su persona le había estado yendo y viniendo por la conciencia desde los pocos meses del descubrimiento del don, aquel día en que, por aliviar una de las frecuentes jaquecas de su mujer, depositó las manos sobre su cabellera y le practicó un masaje con la única finalidad de relajarla, pero que casi instantáneamente eliminó el dolor y la sensación de angustia.

Al principio no le dio importancia al supuesto milagro, ni aun con el estupor y las exageraciones de su mujer; el

mundo está repleto de casualidades y el cuerpo, con sus males, es más extenso que mil mundos. Pero en lo sucesivo sintió la necesidad de constatar los hechos. A los pocos meses, tras un número elevado de curaciones, no le restaban argumentos para apoyar la línea casualística y tuvo que aceptar que, por alguna razón que desconocía, él había sido elegido para poseer ese don. Lo turbaba el porqué de ese privilegio (él, que había sido una persona tan vulgar), pero aún más el hecho de no poder curar a voluntad. Había hecho una estadística: aproximadamente la mitad de los casos que acudían a él acababan curándose, los otros, por desgracia, no. ¿Por qué razón y por qué el cincuenta por cien?; los dones que caen del cielo un día, como los números que están ahí y punto, tienen mucho de religioso. Sus manos a veces le daban asco, como el asco que da soportar algo que no te gusta durante mucho tiempo.

María le miraba atentamente, siguiendo todos los pasos del procedimiento y todas las expresiones que tomaba su rostro para poder descifrar cualquier intuición que él tuviese sobre el mal que mataba cada día a su madre. Él la notó, inevitablemente, notaba sus ojos tratando de apoderarse de los pensamientos que le atravesaban la mente, de conocer cualquier sensación escondida que luego, por compasión u olvido, no les comunicase. Cuan inútil esfuerzo, pensó, si supiese que en verdad el vivir en el dolor o en la felicidad no era cosa suya, sino que más bien estaba en sus manos. La miró con lástima y con un leve sentimiento de culpabilidad. La miró con ternura y su ansia despertó, quedando encandilado por aquel rostro limpio, por cada una de las delicadas y minuciosamente esculpidas facciones que comprendía, por cada contorno y textura, por cada desembocadura de sus sentidos, y en un segundo fugaz, ante una persona torturada por el dolor, sólo pudo sentir

una enorme gratitud hacia la sabia naturaleza.

María, escotada, con los hombros ligeramente caídos, permanecía lánguida junto al cabezal de la camilla mientras el curandero divagaba fascinado y dejaba volar la imaginación hacia redondeces de consistencia exquisita.

—No se preocupe señora, esto no le va a doler en absoluto —dijo en tono académico desprendiéndose de sus adquisiciones mentales—. Aquí no hay agujas, ni bisturís, ni siquiera anestesia —y con voz solemne añadió—: sólo energía.

Había aprendido a pronunciar en forma de ritual aquellas palabras, que siempre le hacían sonreír, ante la menor oportunidad que se le presentase porque los enfermos se relajaban.

Se quitó los guantes de látex. El sudor cubría sus manos, y las palmas, atravesadas de capilares, ardían y brillaban bajo el foco de luz que alumbraba a la paciente. Unió lentamente las yemas de los dedos, al principio con apenas un pequeño roce entre ellas, y poco a poco fue haciendo más y más fuerza, aumentando así la superficie de contacto entre las falanges. Finalmente, con un movimiento brusco, juntó las dos muñecas, quedando sus manos palma contra palma como en actitud de oración. Tras unos segundos de tensa espera, en los que la muchacha apenas parpadeó observando todos y cada uno de los movimientos del procedimiento, comenzó un rápido frotamiento de las manos y súbitamente las depositó, para espasmo de su cliente, sobre la zona dolorida, iniciando un placentero masaje que duraría entre cinco y diez minutos, dependiendo de lo harto que estuviese ese día de repetir toda aquella pantomima. Porque todo aquello no era más que un simple ritual, místicamente repetido, que no servía absolutamente para nada. Él tenía el don de curar, eso era

algo a estas alturas indiscutible, pero la verdad sea dicha, sin toda aquella parafernalia nadie lo hubiera respetado como curandero.

Siguió masajando dulcemente aquella espalda, consciente permanentemente de la presencia de María. Siempre se había sentido vulnerable ante la belleza femenina, pero su fuero más íntimo le dictaba que esa conducta no era adecuada, que no podía encandilarse una y otra vez con cada muchacha que se cruzaba en su camino; pensaba que había algo reprochable en esa fácil predisposición que tenía al enamoramiento. Así que intentó sacársela de la cabeza y concentrarse en el trabajo. Una y otra vez orbitó los ojos por la consulta en busca de descanso, de nuevas ideas, mientras dejaba hacer a sus manos. Pero irremediablemente volvía al placer de contemplar a María, de imaginarla entre sus brazos, de esperanzarse en poder conquistarla. Se detuvo descaradamente en los detalles más íntimos: la uñas limpias y con forma de almendra, la piel de sus manos y de sus hombros que delataban caricias de una tersura conmovedora, sus pechos, escondidos entre los volantes de la blusa y que debían de ser tiernos a esa edad. Más tarde, y con mayor discreción, se las arregló para poder contemplar desde su posición el contorno de sus piernas, cortas pero bien esculpidas, la elevación de la falda por un trasero altivo y provocador, la trayectoria que seguía su columna vertebral hasta recabar en el inquietante detalle del suave vello, casi indistinguible, que se distribuía por la nuca para dar comienzo a una cabellera vigorosa y perfectamente dominada por los productos de belleza.

Turbado, se preguntaba si tenía alguna oportunidad, si existía un procedimiento de tanteo de las sensaciones que él provocaba en ella. Pero de pronto despertó del letargo por la irrupción de su enfermera en la sala, preocupada por

la tardanza de esa sesión, que llevaba más de treinta minutos y que provocaría un retraso considerable en su horario laboral.

—Casi he acabado —dijo.

Describió unos círculos más y se detuvo. Limpió el sudor de la espalda de la paciente con una toalla pequeña que disponía para tal efecto y le ordenó levantarse, puesto que había terminado. Se dirigió al banco de la pared donde tenía los ungüentos y aromas para poder pensar sin mirarla a los ojos. Sentía que su plazo acabaría en breves minutos.

—Dios se lo pague doctor. Es usted un santo —dijo infinitamente agradecida la paciente mientras se levantaba y adecentaba con la ayuda de su hija—. Ya me siento mejor, ¡uy!, sí, mucho mejor.

Había habido suerte, pensó, y siguió trajinando algunos utensilios sobre el banco.

—Bueno, nos vamos ya, si no hay nada más. Hablaré con la enfermera para el pago.

—Bien —dijo seriamente, y se sintió perdido, vencido. De pronto gritó:— ¡esperen!

Las dos mujeres se detuvieron como si la orden viniese del mismísimo Jesucristo.

—¿Qué sucede, doctor? —preguntó María confusa y preocupada.

—He sentido algo —dijo misterioso, entornando los ojos y acercándose a la chica—. Por favor, no se mueva.

Se situó a su lado, la rodeó por detrás y depositó la mano derecha sobre su vientre, presionando con suavidad sobre el tejido de algodón. Su madre permanecía paralizada ante aquella nueva y angustiante situación. ¿Qué es lo que le sucedía a su hija?, se preguntaba, un posible trato en que ella curase y su hija enfermase era algo que nunca

hubiese consentido.

—Tiene un pequeño tumor en uno de los ovarios —mintió intentando dramatizar sus palabras pero sintiendo repugnancia de sí mismo por ser capaz de inventar semejante patraña, mientras seguía abrazando a María, percibiendo su frágil y sensual temblor. Notaba su vientre inflarse bajo su mano en cada suspiro y su olor mezclarse con sus propias fantasías.

—¡Ay! Dios Santo qué desgracia. ¿Por qué?, ¿por qué? —se preguntaba la madre tapándose la cara fuera de sí y recorriendo nerviosa, una y otra vez, los escasos metros de la consulta. María, en cambio, parecía tranquila, su titileo era vital.

—Usted la curará, ¿verdad doctor?, ¿verdad que la curará? —le dijo tomándole de un brazo.

—No tiene por qué preocuparse —respondió con seriedad el curandero, y para asegurarse futuras visitas añadió—, pero el mal está muy profundo y con las manos no será fácil neutralizarlo, así que...

Aquello fue dicho con la mejor intención, no pudo acabar la frase que le hubiese asegurado futuros encuentros con la mujer que con tanta obcecación deseaba: ...necesitaré un par de sesiones al menos. Y no lo hizo porque vio que la expresión de la señora cambió súbitamente de aterrada a la de sumisa indignación. De nuevo una espera les separó, como manteniéndoles en universos distintos desde donde razonaban y asimilaban las consecuencias de lo dicho, y desde donde el curandero vislumbró un sueño erótico inmenso hecho realidad.

Como acontecieron las cosas tras aquella propuesta de tratamiento fue algo que siempre le sorprenderá y le indignará. Apenas tuvo que forzar más la situación, pues ya la señora habló con su hija y le explicó que el doctor tendría

que introducirle el pene por la vagina para así curarla, que no le dolería más que a ella la espalda si se relajaba e intentaba disfrutar, y cómo aún, instantes antes de que se colocase en la camilla, con las piernas abiertas, le dijo que el señor doctor era un hombre muy apuesto.

Mientras tanto, a él todavía le pasó por la cabeza la idea de detener aquella cadena de sinsentidos, le pasó rápida y fugaz, inoportuna, sin peso. Y pronto se vio golpeando con frenesí sobre las nalgas de María, capturado por la mejor de sus fantasías pero sin disfrutar demasiado, sintiendo roto su sueño de conquista, hasta que por fin el esperma se desparramó por el útero, cálido, fecundo y fue pegándose a todo, a las paredes, a los grumos, a los óvulos. Después viajó hacia las trompas, María parecía sentirlo recorrerla, y allí encontró el pequeño bulto maligno y lo cubrió de blanco ardiente, estrujándolo y consumiéndolo paulatinamente hasta que, en apenas dos días, desapareció por completo, evitándole a María un mar de sufrimiento y pesares que en pocos meses la hubiesen llevado a la tumba.